DON MIGUEL ANTONIO CARO

Lo que yo no sé si he encarecido a usted bastante y tal como yo lo siento, es el mérito de su oda A la estatua del Libertador. *Hacía tiempo que ninguna poesía castellana me había producido una impresión tan profunda. Corre por toda ella un sentimiento de grandeza melancólica y de resignación serena, que contrasta con el tropel y el boato declamatorio de las infinitas odas inspiradas por el mismo caudillo. Y las estrofas son tersas, elegantes y rápidas, horacianas sin pretenderlo...*

(Carta de Menéndez Pelayo a Caro, 24 de febrero de 1884).

Cuanto más leemos las obras del señor Caro, y meditamos sobre ellas, tanto más se acrecienta la admiración que sentimos hacia ese compatriota nuestro, verdadero genio en las letras y el pensamiento contemporáneo. Como prosista, su estilo lleno, vigoroso, claro, despojado de rebuscados adornos, satisface al gusto y a la mente. Como poeta, eleva el alma a la contemplación de lo bello y de lo bueno; como crítico, deshace las falacias, exhibe los sofismas; pero muestra el grano de oro cuando existe; como historiador, rinde tributo a la verdad, sin pasión y sin rencores; como biógrafo, exalta el mérito y reduce a sus exactas proporciones al personaje; como artista, rinde tributo a la belleza cierta y no a los convencionalismos de una época o una escuela. Como filósofo, su criterio no tambalea ni se engaña con el falso brillo de falaces sistemas. Si escribe sobre historia, deriva sus conclusiones generales de los hechos expuestos, con sujeción a nociones

---

Nos complacemos en insertar este trabajo que el docto escritor colombiano, D. Gabriel Porras Troconis, nos ha enviado como adhesión al homenaje a don Miguel Antonio Caro.

profundas relativas a la responsabilidad de los actos humanos. Y hasta cuando penetra en los campos de la filología, sabe que el hombre es una substancia integrada por una parte espiritual que actúa sobre otra orgánica, a la cual rige y comanda, y no se olvida de ello.

Siendo tan múltiples los campos intelectuales en los cuales abrió sus surcos y regó sus simientes, estudiarlo en todos sus aspectos es obra larga y dispendiosa; por lo cual miraremos sólo algunos de aquéllos, los más brillantes, los más hondos, los que puedan ofrecernos una imagen más exacta y propia de su talento e ilustración. Y el primero que se suscita a nuestra mente es el campo poético. Fue un poeta de nacimiento, como quería Ovidio que fuese el verdadero poeta; hasta podría decirse que lo era por herencia, ya que su padre, don José Eusebio, es uno de los más grandes poetas de la lira colombiana. Versificó desde su primera edad y no abandonó la poesía, ni perdió la inspiración, hasta en los últimos años de su fecunda existencia. Fue poeta castellano y poeta latino. En el epígrafe de este ensayo, se ha visto el juicio que le mereció a Menéndez Pelayo la oda *A la Estatua del Libertador*. Cuánta hondura en el pensamiento, cuánta pureza en el estilo, cuánta energía en las imágenes, cuánta perfección en el verso, cuánta belleza en el conjunto. Algunas muestras bastarán para acreditar la veracidad del crítico y la modesta opinión de quien estas páginas escribe. Veamos algunas estrofas:

No en ráptos de heroísmo,
No en vértigo de triunfos y esplendores
Admiró tu grandeza. El a tí mismo
Te buscó en el abismo
De recónditas luchas y dolores...

Vio el dolor que se ceba
En tí, a la hora en que el Eterno dijo:
—"Quiérole ya purificar con nueva
Y terrífica prueba"—
Colombia entonces te negó por hijo...

En tan solemnes días,
Por la orilla del mar, los pasos lentos,
Y cruzados los brazos cual solías
Hondas melancolías
Exhalabas a veces en lamentos...

¡Libertador! Delante
De esa esfigie de bronce nadie pudo
Pasar, sin que a otra esfera se levante,
Y te llore, y te cante,
Con pasmo religioso, en himno mudo.

Si la estatua de Tenerani ha sido el monumento material más perfecto que se ha erigido hasta ahora al Libertador, la oda de Caro es la más emocionante poesía dedicada al Héroe y la que más nos hace comprenderlo, amarlo y admirarlo.

Emulo de la oda es el soneto a la Patria, en que no sabemos qué ensalzar más, si la perfección externa, el ideal que suscita o el recóndito amor que el poeta manifiesta hacia la tierra en donde nació. Leámoslo como quien lee una oración sublime:

¡Patria! te adoro en mi silencio mudo,
Y temo profanar tu nombre santo.
Por tí he gozado y padecido tánto
Cuanto lengua mortal decir no pudo.

No te pido el amparo de tu escudo,
Sino la dulce sombra de tu manto:
Quiero en tu seno derramar mi llanto,
Vivir, morir en tí pobre y desnudo.

Ni poder, ni esplendor, ni lozanía,
Son razones de amar. Otro es el lazo
Que nadie, nunca, desatar podría.

Amo yo por instinto tu regazo,
Madre eres tú de la familia mía;
¡Patria! de tus entrañas soy pedazo.

La excelencia de ese amor la comprobó Caro en la trayectoria de su vida. Todo su anhelo estuvo siempre en el servicio de la patria: nunca dejó de pisar su territorio, sus poderosas facultades estuvieron en todo momento consagradas a enaltecerla y beneficiarla; aunque alcanzó la mayor suma de poder que puede un hombre tener entre sus manos en las democracias, no padeció el deslumbramiento de la grandeza terrena ni se dejó arrastrar hacia los senderos tortuosos del necio orgullo y la fatua vanidad; despreció las riquezas y al exhalar el últi-

mo suspiro era más pobre que cuando se sentó en el solio de los presidentes.

Otra de sus mejores poesías, que son muchas, es *Pro Senectute,* en la que el tema de la vejez cobra un sentido de esperanza que llena de aliento y disipa la honda melancolía propia de esa edad postrera del hombre. Veámosla completa:

Tú, que emprendiste bajo albor temprano
La áspera senda con ardiente brío,
Y ahora inclinado y con andar tardío
Rigiendo vas el báculo de anciano

Torpe el sentido y el cabello cano
No te acobarden, ni el sepulcro frío
Contemples con doliente desvarío
De rápido descenso el fin cercano.

Fúlgida luz la vista te oscurece;
Argentó tu cabeza nieve pura,
Cesas de oir, porque el silencio crece;

Te encorvas. porque vences la fragura;
Anhelas, porque el aire se enrarece;
Llegando vas a coronar la altura.

Supo comprender la naturaleza, esa obra estupenda de la sabiduría divina, que tantas veces despreciamos sin mirarla, seducidos por objetivos que no valen lo que aquélla. El la llama: «Madre común, que las mortales penas disipas». A una rosa le dice: «...al arroyuelo que a tu pie murmura, por ver tu imagen, la corola inclinas...» Y al viento apostrofa así: «¿Por qué jamás, aunque sonante y vago muevas la flor, los árboles, el lago, el vuelo rapidísimo detienes?»

Los árboles le atraen; les dice conmovido: «Tal consuelo ofrecéis, dulzuras tantas / Troncos augustos al doliente pecho, / Que mi vivir por parentesco estrecho / Ligado siento a vuestras ramas santas».

Hay en la naturaleza dos soledades inmensas que predisponen a la meditación, al arrepentimiento del pecado y a la esperanza de una vida mejor: la noche y el mar. Caro las canta unidas:

Océano que creces y decreces
Siempre lleno, ora manso, ora iracundo,

En cuyo seno líquido y profundo
Mudos resbalan prodigiosos peces.

Noche, que los contornos ennegreces,
Y acoges, en tu manto envuelto el mundo,
Dulces misterios del amor fecundo,
Tristezas hondas, solitarias preces.

Sí, yo os tengo en mi espíritu. Yo propio
Soy mi noche fantástica y mi abismo,
Dos soledades que en silencio cruzo.

Esparzo estrellas yo, perlas acopio;
Ya cual silfo revuelo entre mí mismo;
Ya en mí mismo sumérjome cual buzo.

Sentía ya en su época el señor Caro la aproximación de esta era que miramos tan inmediata en nuestros días, demoledora de lo bueno y de lo bello; pero confía en la eficacia de la inspiración reverenciada por los antiguos en la figura de las musas y a ellas canta:

Cuando el soplo glacial de siglo impío
Haya agostado las postreras flores,
Y extinga el sol sus últimos fulgores,
Y torne al mundo lóbrego y vacío,

Lloviendo ¡oh Musas! celestial rocío
Renovaréis del suelo los verdores,
Y alzaréis vuestros cantos triunfadores
Entre el silencio universal sombrío.

Como ya en primitivas soledades
Ejerceréis sublimes magisterios,
Domaréis monstruos, surgirán ciudades.

Y pues la fe salvó en sus monasterios
Vuestras glorias en bárbaras edades,
Salvad en vuesras grutas sus misterios.

Esa fe en la acción civilizadora y salvadora de las letras se transparenta en muchas otras de sus poesías de los primeros años, tales como *Misión del Poeta, El poeta, A Horacio, A Góngora* y otras.

Los años transcurren y el poeta siente dentro de sí vivaz la llama de la inspiración: «La nieve de los años» no lo enfría y «fuerzas nuevas recibir parece».

Particularmente notable es la silva *A la vida solitaria,* obra de juventud, revisada y hallada aceptable en la edad madura. Es el canto a la «descansada vida» en medio de las luchas del mundo, cuando aun el corazón rebosa de ambiciones y se busca el poder, y la gloria, la admiración del mundo y las coronas de mirto; aun se cree en los hombres y los fines terrenales no producen hastío y desprecio. Un brillante porvenir se abría a sus esfuerzos, la patria le halagaba con sus dones, las letras preparaban guirnaldas para sus triunfos; pero mente comprensiva, juicio sereno, sopesaba la futilidad de tales valores y sentía la necesidad de hallar fines más altos, más nobles, más confortables, por lo que exclamaba:

¡Plácida soledad! Oh, cuándo el día
Llegará tantas veces suspirado
Que a tu asilo me vuelva deleitoso...

¡Feliz el que a los pechos de Natura
De inocente vivir en la dulzura
Placer bebió mayor que la esperanza;
Que contemplar no quiso los reflejos
Ni con ojo indignado ni envidioso
De alcázar suntüoso
Do la ambición anida y la venganza!

Ya un tiempo disfruté de tus favores;
Tú misma me llevabas de la mano,
Deidad cándida y pura,
A la opaca espesura,
.....
¡Breve felicidad! Hora colgada
Mi lira está callada,
Y nunca la despierto
Si no es a suspirar cuando suspiro,
Cuando los ojos a volver acierto
Y lontananza tus boscajes miro...

Mas no sólo fue poeta castellano: también pulsó la lira latina con inspiraciones propias, después de haber vertido al idioma nativo las obras de Virgilio y muchas de Horacio, de Catulo, de Tibulo, de Pro-

percio, de Ovidio, de Lucano. Su traducción al latín de la *Canción a las Ruinas de Itálica,* llevada a cabo casi seguramente después de su gestión política en el ejercicio de la primera magistratura, resiste victoriosamente el parangón con los versos castellanos de su consanguíneo español.

Como muestras de sus vigorosos pensamientos latinos, se transcriben las siguientes poesías:

CL. ET AMICIS. VIRO
MARCELLINO MENENDEZ PELAYO

Falleris: ingenium non tali lege tenetur;
Nam si quem risu respexit Musa benigno
Nascentem, longum per iter, dum vita manebit,
Perque vices omnes facilis comitatur euntem.
Sive humilis degis, tecum sub paupere tecto
Vivet, sive potens, excelsa principis aula,
Indigno quamvis nusquam spectabilis ulli.
Nec curae assiduae nec magna negotia nostro
Delicias adiment animo lususque iuventae.
Hic antiqua mihi, dulcisque ante omnia, Nympha,
Quae curas solvens et taedia longa laborum
Perfusum recreat melioris flumine vitae.
Hic, quocumque velim, cari redduntur amici,
Ordine permixti, praesentique ore loquuntur:
Maximus, et teneris, tu, scriptor notus ab annis;
Te legimus semper, nobis ea muta voluptas.
An. 1893.

SOLITUDO DUPLEX (*)

Oceane, immensa qui terras perluis urna
Plenus, sive levis, seu gravis unda cadit,

Quem tacitis remis incognita monstra pererrant,
Cui iacet et caecis plurima concha vadis;

Nox, quae tellurem magnis complecteris alis,
Quae gremio somnos, mystica dona, geris,

Et veneri indulges latebras, audisque benigna
Quas miseri versant, ore silente, preces!

(*) *Dos soledades,* transcrita antes en español.

Vos ego possideo, mecum vos vivitis una,
Oceanus fio, Nox simul ipse mihi.

Ergo meas intus tenebras, mea sidera nosco;
Multa mihi proprio gemma reperta mari est.

Nunc iuvat interna volucrem latitare sub umbra,
Nunc imos delphin labor in usque sinus.

Es interesante recordar la composición inspirada en la fugaz revolución contra su gobierno del año 1895, prontamente debelada, porque en los versos latinos la escena se engrandece al punto de dar la impresión de tratarse de uno de los tumultos de la Roma imperial. Dice así:

Hoc fuerat longe in votis, iamque ipse parabam
Inviso solio tacitos evadere ad agros,
Et placidum prima carpebam nocte soporem,
Cum subito adsurgit bellum. Turba, horrida turba
Et tenebris fertur nostrasque evellere portas
Irati iurant. Nos quarere protinus arma,
Caelestisque favor iustis non defuit armis.
Sic etiam pelago, collectis nubibus atra
Saevit tempestas, et magno murmure fluctus
Excutere incumbunt quassata puppe magistrum:
Non ita dis visum: servata e gurgite classis
Surgit, considunt venti, languescit ad oras
Pontus, blando iterum freno compressus arenae,
Atque iterum portus vastis dominabitur undis.

El latinista eximio experimentaba placer intelectual intenso en trasladar al latín su pensamiento poético, o tal vez, como han pensado alguno de Virgilio, para luego comprimir lo ideado en el idioma engrandecidido por Cervantes y Teresa de Jesús.

El señor Caro era un humanista; pero un humanista en toda la extensión del vocablo, no lo que muchos creen, persona que escribe cosas de literatura, ni lo que concisamente define el Diccionario de la Real Academia Española: «Persona instruída en letras humanas». Tampoco podría entenderse el humanismo de Caro en el sentido filosófico que le da la escuela alemana de Juan Cristóbal Federico Schiller, aquella filosofía que busca en la formación de la personalidad los fines temporales; respecto al señor Caro, humanista, concreta a la persona que en las letras busca las fuentes más puras, particularmente los

modelos de la antigüedad clásica helénica, latina y castellana, y aun los de otras lenguas modernas, como la alemana y la inglesa. Así fue él, cultivador constante, erudito y sagaz de los clásicos griegos, latinos, italianos, franceses y germánicos. La cantidad de sus trabajos en este sentido aun no puede apreciarse, por no haberse logrado todavía una edición completa de sus obras. El lector corriente de libros y revistas sabe que tradujo la Eneida e hizo traducciones de los grandes clásicos latinos; que entre los modernos de otros idiomas, ha hecho traducciones de Manzoni, Dante, Chénier, Longfellow, Sully Prudhome, Lamartine, Víctor Hugo; pero se desconocen casi totalmente tales traducciones. Sólo un limitado grupo de eruditos en literatura ha podido conocer la extensión de los trabajos literarios del señor Caro. Por otra parte, para poder valorar el mérito de una traducción, especialmente poética, se requiere penetrar en el carácter, los sentimientos, medio, relaciones y época del autor traducido: lo que se haga sin este conocimiento previo, es mera valuación estética del traductor. El propio señor Caro decía que las traducciones han de ser «una copia fiel del original; pero hay muchos y opuestos modos de serlo. En prosa, sigue diciendo el maestro, puede reproducirse fielmente el vigor de las voces y la estructura de las frases, pero sacrificándose la belleza poética y hasta muchas veces la claridad, a causa de la diferencia de idioma; por lo que se ha dicho que una extrema fidelidad supone una infidelidad extrema. Más difícil en la ejecución, como libre en el desempeño y menos ajustada a la letra del texto, la traducción en verso alcanza mayor fidelidad en cuanto imita la armonía y elegancia, la nobleza y la majestad, la delicadeza y la gracia y además dotes generales del estilo». Y eso lo lograba el señor Caro, en sus traducciones, porque estuvieron siempre precedidas de un estudio a fondo de la persona del autor original, a lo que se agregaba una cierta compenetración de caracteres y mentalidades, como ocurrió con sus traducciones de Virgilio.

De ahí la dificultad de las traducciones; porque sólo el talento puede interpretar al genio; pero de ahí también la gloria del traductor completo. Caro pudo y supo vencer todas las dificultades que se ofrecen a un traductor.

Mucho podría decirse aún de la obra poética de Caro, y muchísimos autorizados juicios reproducirse en abono de nuestros conceptos sobre el insigne humanista, pero bastará limitarnos a dos, uno español,

colombiano el otro. Rubió y Lluch escribió: «Los mejores días de su juventud los empleó en su magna traducción de las obras completas de Virgilio, sin más estímulo que el aplauso de don Eugenio de Ochoa, que en 1870 le invitaba a proseguirla. Esta versión fue después considerada por la autoridad crítica más alta de nuestra patria en tales materias, como el primer monumento en su género que existe en la literatura española, como la más perfecta versión virgiliana que posee nuestro idioma. Los que conozcan y sientan a Virgilio, tómenla en sus manos, y estoy seguro de que asentirán de lleno a la opinión de Menéndez Pelayo».

Gómez Restrepo, el más completo crítico literario colombiano después del mismo Caro, dice de él: «La poesía fue pasión dominante en Caro, desde sus primeros años hasta los últimos días de su existencia: y la cultivó, ya como traductor insigne, ya como poeta original. Trajo a nuestra lengua, con arte admirable, preciosas flores de la poesía latina, entre otras, las elegías de Tibulo y las epístolas de Horacio. Pero su obra capital fue la traducción completa de Virgilio, trabajo ciclópeo, emprendido y llevado a cabo en su primera juventud. Este es el monumento, más duradero que el bronce, elevado por el poeta bogotano a su maestro, jefe y guía. Virgilio fue el ídolo de Caro: halló en el cantor de la Eneida, si no esa poesía primitiva, cercana a la naturaleza, que corre fresca, viva y majestuosa en los poemas homéricos, sí el arte exquisito, que logra fundir los varios elementos de una obra vasta y complicada en una armonía suprema; e ilumina con serena luz espiritual, no sólo el conjunto, sino hasta los más humildes pormenores del poema... Para medirse con su poeta, Caro se preparó largamente, ensayando sus fuerzas y acopiando todas las riquezas y preseas de la lengua y la versificación castellanas...»

Miremos ahora al señor Caro como historiador y crítico a la vez. Su estudio sobre San Cirilo de Alejandría es una de las obras más completas de su mente. Por ambos aspectos, el de historiador y el de crítico, este estudio es verdaderamente notable. Recordemos los antecedentes de este ensayo. Habíase publicado en España, con prólogo de D. Nicolás Salmerón, la obra de Juan Guillermo Draper titulada *Historia de los conflictos entre la Religión y la Ciencia,* hecho que tuvo su repercusión en nuestra patria colombiana, en las filas de los enemigos del catolicismo, que entonces lo combatían abiertamente. En el

libro de Draper se hacen inculpaciones a San Cirilo, pintándolo como un frío y sanguinario exterminador de judíos y paganos. Se puso de moda hablar mal del prelado alejandrino, a pesar de los cartorce siglos que mediaban entre éste y sus detractores colombianos. El señor Caro saltó a la palestra con un acabado estudio biográfico sobre el santo, de la época en que vivió y de los sucesos adulterados por el impío escritor neoyorquino, en el cual luce la sorprendente erudición de Caro en todas las materias que hubo de tocar.

Comienza el trabajo con la investigación de las fuentes primarias de los biógrafos de San Cirilo, proceder racional en todo el que se caracteriza como historiador responsable y concienzudo. Halla que Sócrates, el escolático, es un débil continuador de los anales de Eusebio, y que el historiador Severo, el arábigo, es sospechoso en aquellos puntos que no sean notoriamente evidentes. «No es dado, dice el señor Caro, conocer la vida de San Cirilo sino a grandes rasgos, siendo oscurísimos los incidentes con que se la ha querido dramatizar. De ella sólo consta de un modo cierto y preciso por las actas originales de los concilios y por copiosos documentos eclesiásticos, todo lo referente a sus controversias religiosas, y al desenvolvimiento externo del dogma católico, el celo ardiente, infatigable, que desde su elevación a la silla patriarcal de Alejandría, como digno y no lejano sucesor de San Atanasio, desplegó en defensa de la pureza de la doctrina católica, que había bebido en la tradición apostólica, de los labios de sus maestros, y en la asidua lectura de los escritos de San Clemente, San Dionisio, San Atanasio y San Basilio, durante sus juveniles años, que pasó en el desierto, en los monasterios de Nitria, entregado a la penitencia y al estudio». Y prosigue sentando fundamentos para su crítica: «La historia de este patriarca, está íntimamente ligada con la del dogma, y, razonable y provechosamente, sólo ha de escribirse como página eclesiástica, o bien como ilustrativo preámbulo de la doctrina de la Encarnación en la Teología Dogmática». Con lo que echa abajo toda pretensión de darle a una vida tan austera, el toque anecdótico infundado, para producir el efecto escandaloso que perseguía el incrédulo escritor norteamericano.

Refiriéndose directamente a éste, dice que, careciendo de ilustración suficiente para beber en las únicas fuentes serias de la biografía del patriarca alejandrino, no hizo otra cosa que seguir a Gibbon en

su *Historia de la decadencia del imperio romano,* y en cuanto a éste autor inglés, en quien sí reconoce «un sabio y clásico historiador». sacó de sus «términos propios» la figura de tan extraordinario personaje eclesiástico, para darle nueva vida e interés dramático en el cuadro general de su obra. Lo que en verdad, cae a su vez en la censura hecha de tales sistemas en uso entre historiadores. De modo que a vuelta de pocas páginas, el señor Caro deja demostrada la ignorancia de Draper en cuestiones relativas a la Historia de la Iglesia y lo señala como un mero copista de Gibbon, dejando de paso comprobado que la deficiencia de documentos evidentes sobre la vida de San Cirilo, no permiten fantasear, sino colocarlo en el medio que le es propio: el de sus controversias y luchas por la integridad y pureza de la doctrina de la Iglesia. Sólo a «eruditos orientalistas o a hagiólogos tan minuciosos y eruditos como Bolland» les estaría permitido investigar la verdadera biografía del impugnador de Nestorio. De modo que sin la obra de Gibbon, el pseudo crítico neoyorquino Draper no hubiera podido emprenderla contra San Cirilo, y consecuencialmente, los impugnadores bogotanos del ilustre patriarca de Alejandría se habrían quedado sin materia que cortar.

Pero el ensayo del señor Caro no es la simple refutación de Draper y la colocación de Gibbon en su propio lugar, sino que efectúa una profunda y serena revisión de la vida del santo: esboza el medio social de Alejandría a principios del siglo IV, relata el motín popular que ocasionó la muerte de la célebre Hipatia, falsamente atribuído a San Cirilo; explica cómo no todos los santos de aquella primera época de la fe cristiana pertenecieron al tipo de «perfección» beatífica, sino que hubo quienes «fuera de sazón y con imprudente celo desnudaron la espada» para combatir a los enemigos de la Iglesia, y llega hasta aceptar que hubiera podido pecar San Cirilo en aquella hora histórica; pero que con su admirable campaña contra el nestorianismo se santificó y se hizo meritorio para la corona de la santidad. San Cirilo, pintado por el señor Caro, carácter franco y resuelto, no excusaba responsabilidades; de modo que si él hubiera provocado la agresión contra Hipatia, habría obrado, como siempre lo hizo, a la luz del día, y no habría faltado algún escritor de la época que lo hubiese inculpado; luego si nadie lo acusó entonces, es por que no se le achacó responsabilidad en el lamentable acontecimiento. Si consta que deseaba reconciliarse con

Orestes, y que por los Santos Evangelios le convidó a amistarse, no parece natural que al mismo tiempo promoviese los hechos que culminaron con la muerte sangrienta y escandalosa de aquella mujer a quien el prefecto y muchos cristianos trataban con marcada admiración.

En este ensayo de que venimos ocupándonos, es de un gran vigor el relato del señor Caro sobre el origen de la contraversia entre San Cirilo y Nestorio. Dice el atildado historiador que el día de la festividad de la Anunciación del año de 429 después de Cristo, Proclo, obispo electo de Cícico, predicó en la basílica de Santa Sofía. El auditorio era inmenso. El sermón de Proclo, que se conserva en la colección de los padres de la Iglesia Griega, «fue una elocuente apología de la maternidad» de la Virgen, que los asistentes recibieron con aplausos bajo las bóvedas de la gran basílica. Nestorio, que presidía la solemnidad, cuando terminó Proclo, subió a la cátedra sagrada y formuló una abierta rectificación a las ideas y doctrinas del obispo electo de Cícico. No contento con semejante escandalosa conducta, que produjo angustia en los espíritus de sus oyentes, posteriormente autorizó y aprobó las prédicas de Doroteo, obispo de Marcianópolis, quien condenaba desde el púlpito a quienes imploraran a María como Madre de Dios. Así nació la colisión entre San Cirilo y Nestorio, ya éste en el camino claro de la herejía.

Por todas estas circunstancias de profundidad en la investigación, de claridad en la presentación de los conflictos espirituales, de acertado criterio en los juicios, de fuerza en los argumentos, este ensayo sobre San Cirilo ha sido considerado, y lo es, uno de los más bien logrados trabajos de historia y de crítica del señor Caro.

Como historiador político, el señor Caro se distinguió por la penetración con que señaló las causas remotas de los hechos y la honradez de sus críticas: penetrando hasta el fondo mismo de la época que estudiaba, tiene la gravedad de Tácito y el talento filosófico de Taine, con la sencillez del lenguaje y la naturalidad de Cicerón. Es muy digno de admirarse el juicio que hace de Santander, personaje de nuestra historia que unos juzgan con saña y otros encumbran sin medida. Caro se detiene en el punto exacto señalado por la justicia y conveniente a un historiador colombiano. Así dice del discutido personaje: «Nosotros hemos visto en Santander una mezcla de militar venezolano y letrado granadino; y las cualidades y defectos de esas dos condiciones, difí-

cilmente conciliables, combinadas en él por una serie de circunstancias especiales, explican en gran parte, a nuestro juicio, así su elevación al rango de segundo y después émulo del Libertador, como los errores de su conducta varia y las contradicciones y las dificultades de la posición ambigua en que se colocó como vicepresidente de Colombia. El tiempo hizo lo demás».

Explica las causas de aquellas contradicciones características del prócer granadino: «Santander era raya; sabido es que la comarca donde estaba radica su familia, y donde él recibió las primeras impresiones de la vida, más pertenece al tipo nacional venezolano que al granadino». En contraposición a esa influencia del medio vivido en la niñez y primera juventud, lo presenta como alumno del colegio santafereño de San Bartolomé, en donde recibió ese sello definitivo de letrado granadino. De ahí que si como militar ordenaba el fusilamiento de Barreiro y sus compañeros, y defendía el hecho, rechazando las inculpaciones que se le hicieron como utopías perniciosas, por otra parte fue ferviente defensor de la vigencia y observancia de las leyes. Sintetiza la personalidad del ilustre bartolino con este juicio, que no podría ser rechazado: «Los principios del general Santander en asuntos políticos, no teoría precisada por el estudio y la meditación, sino inspiración de su carácter, y lección de la experiencia, y reflejo también de las ideas del Libertador, eran aquellos que concurrían a establecer gobiernos sólidos y fuertes...».

Es particularmente notable el juicio que formula de las épocas convulsivas y de los actos de los hombres que en ellas juegan papel directriz: «...la razón serena no es la única facultad de los hombres, que dotados de sensibilidad ceden muchas veces al impulso de sus pasiones. Ni son el amor a la verdad y la justicia, y la ley del deber, móviles frecuentes en tiempos infelices y revueltos. Relaciones personales y casuales, múltiples errores, el interés que extravía y la pasión que ciega, la ambición imperiosa, la fuerza de las circunstancias que arrastra, entra por mucho para explicar la conducta de los hombres y las evoluciones de la política. Con la historia de los hombres se mezcla misteriosamente el progreso de las ideas; con la lucha de los partidos se entreteje la pugna de los principios; y afiliados a un bando, por interés individual o colectivo, sirven o dañan los hombres, muchas veces sin quererlo ni pensarlo, a la causa de la civilización».

¿No parece que leyésemos un párrafo de *Los orígenes de la Francia Contemporánea?*

Inteligencia tan robusta y tan sólidamente formada como la de Caro, debía tener, y lo tuvo en verdad, un concepto claro y exacto del valor de la educación y de su diferencia con la mera instrucción, es decir, que tendría un juicio preciso en las meras cuestiones educativas, de tanta trascendencia en todos los tiempos y particularmente en nuestra época. Muchos suelen tomar pomposamente el título de pedagogos, sólo por haber manoseado unos cuantos libros de pedagogía o haber pasado por las aulas de un establecimiento de formación normalista; pero el verdadero pedagogo no es ese, sino quien, como Caro, ha adquirido una norma segura para la dirección espiritual de la juventud: es quien distingue lo accesorio de lo fundamental, lo que es simple ornato de la inteligencia de lo que constituye base moral firme del hombre en sociedad. Caro nos lo dice en pocas y elegantes frases, que como en otras ocasiones demuestran su poder razonador.

Veamos cómo expone la diferencia existente entre educación e instrucción; cómo señala la supremacía de la primera sobre la segunda e indica lo que es vana ilustración, carente de fondo, y lo que constituye una formación fundamental que encauce la vida del hombre.

«No porque os estimule a que prosigáis sin interrupción ni desfallecimiento vuestros estudios literarios y científicos, habré de principiar proclamando aquí un error funesto que profesan algunos espíritus estrechos en sus miras o desatentados en sus propósitos. Jamás, jamás os diré con aquellos que a título de propagar las luces fanatizan la instrucción, que la ciencia, en su más alto grado, ni menos cuando es incompleta y superficial, basta por sí sola a formar buenos ciudadanos. No: el saber no es la virtud, ni engendra la virtud, ni suple por la virtud. La filosofía por luminosa y profunda que sea, dice a este propósito el cardenal Newman, no tiene imperio sobre las pasiones, ni motivos que determinen la voluntad, ni principios que vivifiquen las almas...»

«La virtud, continúa diciendo, es la base de la felicidad privada y pública. Ella es quien educa al niño y catequiza al salvaje; ella quien honra a la mujer, reina del hogar; ella, quien con los vínculos del amor y del respeto forma y proteje la familia, único cimiento sólido de la sociedad civil. La virtud inculca al hombre sus deberes; enséñale a manejar con pureza los caudales públicos, y a regir con suavidad y pru-

dencia las riendas del estado. Ella inspira el amor a la patria; por ella nos hacemos superiores a la lisonja y a la amenaza, y rechazamos la injusticia; de ella nace la libertad verdadera, el testimonio consolador de la conciencia, la aprobación de los hombres honrados y el juicio incorruptible de la posteridad». No dirían más Catón o Marco Aurelio.

¡Cuánto tiempo hace ya que ideas como éstas del señor Caro no se oyen en las sesiones de clausura de estudios de ciertos establecimientos de segunda enseñanza! Los tiempos han cambiado y ahora gustan más los discursos ostentosos en los cuales se establece el divorcio del saber y la virtud, porque se cree que aquél lo suple todo, aun cuando sea superficial e incompleto, y ésta se tiene como modalidad propia de los desvalidos y de las mujeres que frecuentan la soledad de los templos .

Pero, ¿acaso Caro condenaba las letras y las ciencias? No; de ningún modo, y el ejemplo de su vida, toda ella dedicada al estudio, da relieve enorme de autoridad a sus palabras. Caro amaba con amor de entraña las letras y solía cultivar con provecho y eficacia las ciencias. De su amor a las letras, hartas pruebas quedan dadas ya; de su aprovechamiento en las ciencias, aun en aquellas que podrían contaminar de materialismo a espíritus adocenados, hay una relevante comprobación en su ensayo *El darwinismo y las misiones.* Veamos los antecedentes de este trabajo. Don Jorge Isaacs, el autor de la bella novela idealista *María,* conocida en todo el mundo de habla castellana, había estado efectuando exploraciones mineralógicas en la región de la Sierra Nevada de Santa Marta, y como resumen de esos afanes publicó un escrito titulado *Estudio sobre las tribus del Magdalena,* en el cual se muestra imbuído por las teorías de Darwin y combate la obra de los misioneros católicos. El señor Caro lo critica, expone los errores en que incurre, señala los de sus titulados maestros y de pasada apunta hasta sus faltas contra el idioma. Bastará citar algunos párrafos, para formarse una idea de la incontrastable argumentación de Caro. Comienza por decir, lamentándose: «Es deplorable ver a un verdadero poeta convertido por arte de magia, como los compañeros de Ulises, en discípulo de Darwin, y discípulo de aquellos que imitan lo más feo del maestro por espíritu de remedo». Hace implacable crítica de unas cuantas frases desventuradas de Isaacs y se adentra contra el darwinismo:

«La teoría darwinista es una de aquellas aberraciones propias de un especialista maniático. Los que dedican sus vigilias a un ramo particular de los conocimientos, acostúmbranse a ver las cosas por un solo aspecto, y pierden la visión del conjunto. Esos hombres son meros *observadores,* buenos para suministrar datos al filósofo, al pensador, pero no para establecer teorías generales. El zoólogo, que no se ocupa más que en confrontar semejanzas y diferencias que sugieren clasificaciones, no verá en el hombre sino un mamífero bípedo. Darwin, descontento con las clasificaciones admitidas por otros naturalistas, se esforzó por simplificarlas, suponiendo sobre una hipótesis vieja que todos los animales y plantas se derivan de un reducido número de formas primitivas, acaso de una forma única, y todas sus modificaciones sucesivas dependen de una ley constante de selección regular (natural selection) de individuos y de razas mejor adaptadas a los tiempos y a las circunstancias. Y como el hombre es un animal, el naturalista, sin contar con Dios, ni con la historia, ni con el hombre mismo, toma ese animal, como pudiera tomar un molusco o un cetáceo, y con la mayor naturalidad, tal vez con candor, lo coloca donde mejor conviene a su teoría preconstituída».

El señor Caro hace una crítica agotadora del evolucionismo darwinista, con un dominio tal de esa clase de estudios, que sorprende pudiera encerrase en la mente de un humanista de su talla. Puntos hay en que su crítica se adelanta a los estudios mismos que se habían hecho en esa época y en sus citas revela haber tenido a la mano toda la bibliografía adquirible en las postrimerías del siglo XIX. Sus comentarios sobre paleontología están corroborados por toda la enorme bibliografía, netamente científica, de nuestro siglo. La suposición de la existencia del hombre en la época terciaria, descartada totalmente hasta este momento por Obermaier, Boule, Navet, Schmidt, Sarasin, L. Capitán, Hrdlicka y otros más, que no han hallado ni en el subsuelo de Europa, ni en el de Asia, ni en el de América los más leves vestigios del hombre durante el terciario, la presintió el señor Caro al escribir frases como ésta: «En la teoría darwinista hubo una forma primitiva que se transformó lentamente hasta parar en el hombre cual hoy existe. No hubo, según esa teoría, una transición brusca de «animal temible» y deforme, a hombre, como parece que supone el señor Isaacs. En ninguno de los dos casos pudo haber tradición: ni durante la insensible e inconsciente transfor-

mación; ni en las relaciones inconcebibles del padre bruto con el hijo inteligente. La tradición, como el lenguaje que la trasmite, supone un estado social permanente».

Aquel hombre de mente poliforme lo mismo se deleitaba leyendo y traduciendo los clásicos latinos, que inquiriendo en las ciencias los posibles orígenes del ser humano. Pero también filosofaba. La sencillez, la claridad, la exactitud, la precisión de su lenguaje, que están indicando la robustez de la mente, el orden en las ideas, el conocimiento de la materia dilucidada y el buen uso de los vocablos de que se vale, son condiciones excepcionales para la exposición filosófica. Los verdaderos grandes filósofos que ha tenido el mundo, han poseído esas condiciones externas características, en contraposición a otros pretensos cultivadores de la reina de las ciencias, que ocultan las deficiencias de la mente o el desorden de las ideas en un lenguaje enrevesado, confuso, incomprensible para el hombre normal. Leyendo a Caro, por el contrario, nos admira y encanta la facilidad con que podemos seguirlo en el desarrollo de su pensamiento. Muchos podrán hacerse la pregunta de si eso que están leyendo es filosofía, admirados de no encontrar tropiezos en la comprensión del sentido de lo escrito. Caro, filosofando, nos produce esa misma sensación de alivio y de goce que se experimenta con las exposiciones filosóficas de Balmes o de Menéndez Pelayo. Sensible es que no hubiera podido dedicar más tiempo y desvelos a tales materias, para cuyo desempeño suficiente poseía cualidades y aptitudes especiales.

Dejando estas consideraciones de carácter general, tomemos entre las manos un pequeño libro olvidado de muchos y desconocido de los más, que se halla en algún rincón de una Biblioteca de importancia. Se llama: *Estudio sobre el Utilitarismo*. Son 315 páginas en modesto papel; pero con un fondo extraordinario de lógica y un conocimiento admirable de la ética. Jeremías Bentham, desengañado de la justicia humana después de haber hecho estudios de derecho, se dedicó a la crítica de las leyes y de los procedimientos jurídicos de su tiempo ,leyendo previamente a Locke, Hume, Montesquieu, Helvecio, Beccaria y otros propugnadores de la moderna filosofía. Puede decirse que el fundamento de su doctrina se condensa en la frase «bien es placer, mal es dolor». A raíz de la terminación de la guerra de independencia, los gobiernos colombianos de la época, como una demostra-

ción de sus adelantos en materia jurídica, implantaron en las universidades recién fundadas la enseñanza del derecho sobre los principios de legislación del mencionado autor inglés, de moda a la sazón en Europa. Tales principios tenían como base la expresada doctrina de que el bien es placer o lo que causa placer, y mal es dolor o lo que causa dolor. Era el camino abierto hacia un desolador materialismo ateísta. El señor Caro, a la sazón un joven de 25 años, comprendió el grave peligro que para su patria había en la difusión de tan desconsoladoras ideas y escribió y publicó el dicho pequeño libro, que causó honda sensación en todos los círculos educativos y en las altas regiones gubernativas.

Con sencillez, con claridad, con irrebatible lógica examina, desmenuza y condena las ideas utilitaristas. Por vía de ejemplo, véase este párrafo: «La fórmula *Bien es placer, mal es dolor,* es, por lo visto, una fórmula inexacta, errónea. El elemento placer aislado nada significa: ¿qué vale un placer sin sujeto que sienta o sin objeto sentido? ¿Qué un placer de que uno no se da cuenta? Si se quiso decir que el placer concurre con otros elementos a producir el bien, entonces lo que virtualmente se afirma es que el bien es algo distinto del placer, dado que el placer es sólo un elemento de esa totalidad. Si lo que se da a entender es que el bien consiste en que el hombre posea el placer, se afirma virtualmente que el bien es algo distinto dél placer, pues el hecho de poseer un objeto no es el objeto mismo, sino una relación de que éste aparece como término. Cualquiera de las dos hipótesis que se acepte, la definición es inadmisible: o es absolutamente falsa, o no se dijo lo que se quiso que dijese».

Profundizando continúa; «Asimismo cuando decimos que el bien es causa de placer, es decir, que el bien reside en lo que se anuncia por placer, no hacemos sino una descripción, no damos sino un indicio. Hay verdad en el fondo, mas no verdad completa. Cierto, generalmente es bien la causa de placer, pero no es eso precisamente lo que averiguamos; todo el mundo lo columbra; la cuestión es: las causas de placer, ¿qué son en sí mismas? ¿Cuál es, no ya su anuncio, sino su naturaleza? Siendo, pues, la definición que examinamos, una indicación vulgar, no satisface al entendimiento; siendo además incompleta, induce error. Porque, si ese placer, ese anuncio de bien no aparece, o aparece delante de un mal (hecho que comprobaremos luego), ¿con

qué signo suplir o rectificar según el caso, ese otro signo, el solo que estamos enseñados a interpretar? Este mismo signo, placer, ¿cómo conoceremos si es bueno? ¿cómo, si lo es, conoceremos el hecho de poseerlo e interpretarlo? Así, la definición de Bentham, después de depurada, es todavía imperfecta como conocimiento, peligrosa como regla».

Leyendo despacio y comprendiéndolo bien, este razonamiento de Caro no puede ser más contundente, más preciso para demostrar que el placer en sí mismo no puede ser bien, no puede ser ese objetivo, esa meta a la cual tiende el ser inteligente y cuya naturaleza puede ser contingente si se trata de las cosas materiales, necesaria, si de aquellas que han de satisfacer al espíritu. El placer será, pues, sólo un estado consecuencial de la adquisición del bien apetecido, y el mal, el resultado de la no obtención del bien.

Mente de excepcional agudeza la del señor Caro, presiente las objeciones y de antemano prepara las réplicas. En el caso de que nos ocupamos, la única grieta que podría quedarle al partidario del utilitarismo, el señor Caro acude a cerrarla con su habitual sentido razonador:

«Pero se objetará: no teniendo idea clara de lo que es el orden, no siendo evidente, además, que el orden sea el bien mismo, tanto vale hablar de orden como de placer. Por vaga que sea la idea de orden, es más exacta, más característica del bien. Aun cuando el orden no sea el bien mismo, al menos lo constituye; por su constitución podemos decir que conocemos su objeto; por indicios sólo le rastrearemos; éstos pueden desaparecer; la constitución misma, la manera de ser, subsiste igual. Por lo demás, la idea de orden va ilustrándose y perfeccionándose naturalmente. Pregúntese a un fisiólogo, a un médico, que han estudiado el bien físico, en qué consiste ese bien. No nos responderán con la vulgaridad: «El bien es causa de placer»; nos dirán que él consiste en tales funciones armónicas de tales elementos organizados, en cierta armonía, en cierto orden. Pregúntese al artista en qué consiste una buena pintura; al matemático, en qué una buena demostración; al moralista, en qué una buena acción. Todos ellos compendiarán sus conocimientos específicos bajo la idea comprensiva de orden. Esta idea no es por sí sola la ciencia del bien, nótese bien; puede considerarse como su síntesis».

Si siguiéramos a Caro en su examen de la doctrina utilitarista, sería encontrando a cada paso nuevas y estupendas muestras de su

fino espíritu razonador y de la admirable comprensión de que estaba dotado para la investigación filosófica. Si caro hubiera vivido en un medio intelectual más denso que el de nuestra patria, si siquiera su vida hubiera corrido en esta época de la radio, de la aviación, de los grandes rotativos, de las ediciones cuantiosas del libro, su influjo sobre el pensamiento contemporáneo habría superado a muchos de los más renombrados ingenios de la época y su magisterio real sobre las nuevas generaciones, alcanzado de uno a otro continente; porque poseía la ciencia y el talento suficientes para ello, porque había alcanzado una universalidad de conocimientos que pocos hombres han podido conseguir, ni aun habiendo gozado de una longevidad envidiable.

Deliberadamente no hemos considerado a Caro como hombre de de partido: están demasiado recientes sus actuaciones en ese campo para que puedan considerarse sin producir resquemores en las filas de quienes fueron sus adversarios y a quienes fustigó su verbo implacable; pero para que no quede incompleto este estudio de su personalidad, transcribiremos a continuación los conceptos que le merecieron dos luminosas inteligencias copartícipe la una de sus principios políticos, adversaria la otra. Dice Guillermo Valencia: «...Caro no era sólo poeta: orador también fue, y de ver al coloso enfurecido, sacudiendo la soberbia melena, discurrir invicto por el recinto del senado, y soltar su frase destructora, chasqueante como un látigo, luminosa como un relámpago, fatalmente rápida y eficaz como la cuchilla de la guillotina que cae... Brotaban las frases de esos labios tremendos con certeza fatídica: era la lucha de un gigante contra las multitudes. A cada disparo certero y formidable iban hacia el fondo, una por una, las más gallardas naves de la opuesta escuadra, y ese coloso de la palabra gustaba también de la ironía y se solaza viendo cómo la barba de su flecha fingía una sonrisa al clavarse templando en el corazón del contrario. Elocuente, discreto, poderoso, suave, fecundo, sutil, doctor, ingenioso, vehemente, grande y hábil son los atributos con que Caro supo mostrarse desde la tribuna».

Carlos Lozano y Lozano, en la Academia de Letras de Río de Janeriro, dijo de él: «Años después, cuando majestuosamente colérico, medía a grandes pasos el recinto del senado increpando al gobierno del señor Marroquín poco antes de la hora infausta de nuestra historia, Caro detuvo, él sólo, algún tratado internacional inaceptable para el or-

gullo de la república, y su ademán jupiterino y su melena revuelta fueron arrecife inconmovible de la nacionalidad, el símbolo de la raza, la esencia de la patria».

Varios años hace ya que venimos entregados al estudio de esta extraordinaria personalidad, resueltos a dedicarle alguno de nuestros trabajos crepusculares, cuando la serenidad del alma nos autorice para declarar verdades y formular juicios que en los años mozos podrían haber sido tiznados por los ímpetus de la pasión. Quiera la Divina Voluntad, que gobierna los actos humanos, darnos el tiempo y la ocasión para cumplir ese anhelo de nuestro espíritu, ese voto del corazón.

GABRIEL PORRAS TROCONIS